

más, intervenía activamente en las disputas rurales y problemas cotidianos de los pueblos autóctonos, aportando su sabiduría y sus enseñanzas para resolver los conflictos que se le presentaban (§§ 21-37, pp.92-98).

El tercer y último ejemplo es el del padre Patermucio (cap. 10, pp.110-120). Según el anónimo autor, este monje «fue caudillo de ladrones, profanador de tumbas de paganos y conocido por su maldad» (§ 3, p.110), y gracias a una visión divina se convirtió en seguidor de Cristo. A Patermucio se le atribuyen, además de los clásicos milagros entre los monjes del desierto (§§ 6-19, pp.110-115; §§ 30-32, pp.118-120), una serie de hechos prodigiosos, tales como andar sobre las aguas, volar, haber probado los frutos del paraíso, etc., todo ello narrado por el propio entrevistado al grupo de siete monjes (§§ 20-24, pp.115-117).

La obra termina con un epílogo que ocupa las páginas 169-171, en el que el autor concluye diciendo que, aunque han conocido a muchos monjes ilustres, quedaban aún muchos otros a los que no pudieron entrevistar por su gran número y por toda la serie de penalidades que tuvieron que afrontar durante el viaje³.

La obra se cierra con una amplia bibliografía (pp.173-178) y el habitual índice de nombres propios de autores, geográfico y onomástico (pp.179-186), además de uno de citas bíblicas (pp.186-190).

Asimismo, queremos poner de relieve el abundante aparato de notas al pie, que permiten aclarar ciertos pasajes oscuros del texto y, sobre todo, identificar las citas bíblicas que tanto abundan en el original.

Para concluir, queremos poner de relieve la gran aportación que supone el trabajo de Romero González y Muñoz Gallarte, al poner a disposición de los lectores españoles una obra, como la *Historia de los monjes egipcios*, perteneciente al género hagiográfico, que nos permite conocer de primera mano el modo de vida y la altura moral de unos hombres que, cansados del rumbo que la Iglesia cristiana del siglo IV estaba tomando tras su tácita alianza con el Imperio, decidieron huir a la soledad de los desiertos egipcios para conservar las esencias de su fe.

Delia MACÍAS FUENTES
Universidad de Málaga

Enrique MONTERO CARTELLE, *Tipología de la literatura médica latina: Antigüedad, Edad Media y Renacimiento*, Oporto, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, 2010, 243 pp.

Este estudio se enmarca en el grupo de investigación *Speculum medicinae* de la Universidad de Valladolid, del que el autor, Enrique Montero Cartelle, catedrático de

³ Enumera ocho situaciones en las que estuvieron al borde de la muerte y recuerda que, al igual que le ocurrió ya a Job («Siete veces te destruí por necesidades, y en la octava no te tocará mal»), Dios los salvó a la octava ocasión, dejándolos escapar de una muerte segura a manos de unos cocodrilos que encontraron en su camino.

Filología Latina y precursor en el estudio de esta materia en España, es director. Este grupo lleva trabajando desde hace más de una década en el estudio filológico de la ciencia y de la medicina latina antigua, medieval y renacentista, llevando a cabo ediciones críticas de textos y realizando estudios sobre la lengua y literatura latina científica y técnica y sobre la lexicografía latina antigua medieval y renacentista.

Esta obra muestra, en palabras del propio autor, «una visión de conjunto de las formas literarias en las que se presentaban los estudios médicos y sus medios de expresión; destacando la tipología de los tratados como indicio revelador de su origen, finalidad, cultura del autor y demanda social».

Enrique Montero Cartelle divide su trabajo en tres grandes etapas cronológicas: Antigüedad Clásica, Edad Media y Renacimiento. De la época clásica, capítulo breve pero ciertamente necesario para la comprensión de la totalidad, (pp.11-24), destaca la visión de la literatura científico-técnica como un producto literario elaborado de acuerdo con unas normas retóricas y el enriquecimiento de la lengua latina, que, sin embargo, no alcanzó su tecnificación. La época medieval aparece dividida en dos periodos: desde la latinidad tardía al s.X, con el predominio de la medicina monástica, y los siglos XI-XIV, en los que destacan la escuela de Salerno y la Escolástica. De ella el autor presenta de forma extensa (pp.34-110) la riqueza de formas literarias para este tipo de escritos (hasta once diferentes son descritas por él), explicando sus características y resaltando algunos autores y obras propios de cada género, y a continuación introduce (pp.111-121) el tema de la tecnificación de la lengua y sus consecuencias (la tendencia a la simplicidad, la monotonía sintáctica, etc.). Por último, analiza el movimiento humanístico (pp.123-196), caracterizado por su renacimiento del saber filológico y su espíritu crítico, que provocó, por un lado, una renovación de las formas literarias (continuidad de algunos géneros de época medieval pero con otra orientación, eliminación de las formas literarias típicamente escolásticas y creación de otras nuevas) y, por otro, un claro afán literario, que impidió la sistematización de la lengua técnica. Todas estas características aparecen sintetizadas en la figura del médico-filólogo, centrado en la depuración de los textos y su cotejo con la realidad y de la que el autor presenta algunos de los ejemplos más significativos, tanto a nivel europeo como español. Así, «estas tres épocas», como dice el propio autor (p.200), «revelan los problemas con los que se enfrentaron los autores de la medicina al intentar forjar unos géneros literarios y una terminología basadas en unos conocimientos médicos [...] y darles la forma literaria que consideraban más apropiada para publicar sus logros».

La importancia de *Tipología de la literatura médica latina: Antigüedad, Edad Media y Renacimiento* radica en varios factores. Por un lado, es el primer estudio de conjunto sobre la literatura médica latina que abarca los tres periodos (Antigüedad, Edad Media y Renacimiento), ya que hasta la actualidad sólo existían trabajos monográficos dedicados a algún género concreto, y presta atención a un tipo de literatura, la técnica, a menudo considerada como algo ajeno a ella y en ocasiones menospreciada en los manuales de uso. Por otro, muestra la riqueza de este tipo de literatura y sus características de manera sencilla y esquemática, sin dejar de lado las cuestiones específicas de cada periodo y los autores y obras principales de cada época, todo ello con un claro afán didáctico, que permite realizar un recorrido por las diferentes épocas vien-

do claramente la evolución de la literatura médica latina. Finalmente, trata este tema desde un punto de vista filológico, más que doctrinal, lo que puede aportar una nueva dimensión a los estudios de la Historia de la Ciencia; y, aunque este trabajo es una visión de conjunto, su completa bibliografía, tanto de textos como de estudios sobre la materia (pp.203-229), permite una profundización en los temas que interesen más a cada lector.

Irene VILLARROEL FERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

Luis CHARLO BREA – Juan Antonio ESTÉVEZ SOLA – Rocío CARANDE HERRERO (eds.), *Crónicas hispanas del siglo XIII. Crónica latina de los reyes de Castilla, Historia de la traslación de San Isidoro y El poema de Julia Rómula. Introducción, traducción y notas*, Turnhout, Brepols, 2010, 288 pp.

Este nuevo volumen de la serie *Corpus Christianorum in Translation*, constituido por el comentario y traducción de tres crónicas diferentes del siglo XIII, representa un paso adelante en los estudios latinos medievales, que han experimentado un constante crecimiento en los últimos años. Los textos en cuestión habían recibido ya su edición crítica en el volumen nº 73 de la serie *Continuatio Mediaevalis*, siendo los mismos los autores de aquel volumen y del presente. Como es de suponer y como comprobaremos, la reunión de estas crónicas no es en absoluto azarosa y, si son valiosas ya por separado, en este conjunto conforman una obra de relevancia indiscutible.

Del primero de los textos –y el más extenso– se ocupa L. Charlo Brea. Esta *Chronica latina regum Castellae* recoge desde la muerte del conde Fernán González (970) hasta 1236, cuando los moros toman de nuevo Córdoba. A pesar de constituir una de las grandes crónicas de los reinos de Castilla y León en el s. XIII, fue un texto ignorado hasta que el historiador e hispanista Georges Cirot lo publicó en una edición paleográfica en 1913. A partir de ese momento, y con la toma de conciencia de su relevancia, el texto ha ido enriqueciéndose con una amplia bibliografía. Charlo Brea toma en consideración las ediciones y estudios previos para resumir todos los datos, haciendo especial hincapié en los más destacados y problemáticos (que en ocasiones coinciden). En su amplio y muy completo capítulo introductorio incluye un breve repaso por la historia de la transmisión del texto, un pequeño debate sobre la controversia del título –suscitada, por lo demás, en época actual–, detalles acerca de su autoría, estructura, el valor de la obra y un apartado relativo a los temas recurrentes. Introduce una serie de datos novedosos y de primera mano, empleándolos para matizar el valor historiográfico de la obra. Entre otras aportaciones, trata de conciliar el nuevo punto de vista de Inés Fernández Ordóñez (2006) sobre la composición por etapas con la hipótesis de la unidad del autor, que podría ser el obispo Juan de Osma (quien, según se tiene noticia, falleció en 1246). Completan las informaciones previas dos cuadros sincrónicos, de condes y reyes cristianos (hasta Fernando III), y de califas almohades.